PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO — URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia — José María Delgado

Diciembre 1919. Num. XVIII - AÑO II

EL FUEGO SAGRADO

Comedia en tres actos

ACTO I.—ESCENA VII.

(*Para « Pegaso »*)

JACINTO — (Saludando) Señora.... tanto placer.— Talvéz soy inoportuno, aún cuando es su día de recibo, pues sé que esta noche estarán de teatro.

AMELIA — No importa; me alegro que haya venido.

JAC. — Y yo me alegro de..... encontrarla sola. ¿ Será mucha vanidad la mía, si aspiro, en esta soledad que la rodea, a una confidencia de su alma selecta, de esa alma....

AM. — .... que Vd. pretende conquistar ¿ no es eso ?

JAC. — No tanto.... Pero tengo derecho a creer que algún día.... seré escuchado. Vd., Amelia, a quién hastía todo lo que la rodea....

AM. — Escuche, Jacinto: pierde Vd. lamentablemente el tiempo. Me alegro de que una vez por todas aclaremos un equívoco que solo puede haber existido para Vd. Creí en su amistad.... y nada más. Yo no tengo la culpa si la vanidad puede llegar a ciertas confusiones.

JAC. — Es Vd. cruel.... Sin embargo, no podrá negar que esta vida es insoportable para Vd. que puede aspirar con justicia....

AM. — ¿ A qué ? A sus galanterías,.... a sus insinuaciones....? Lo creí un amigo y por eso soporté sus

referencias sobre lo que me rodea. Sí, comprendo que fué una debilidad. ¡Mi vida! No le concedo el derecho de preocuparse de ella.

JAC. — Eso no podrá impedírmelo. Será una quimera, pero la ilusión de comprenderla y ser comprendido, vivirá siempre en mí.... Cuando se quiere como yo quiero.....

AM. — Basta, no prosiga. Cuando se quiere, no se compromete una vida ajena, como lo hace Vd., por petulancia, asediándome en público.

JAC. — ¿Yo?

AM. — Sí, Vd.— ¿Que pensaba de mí? Que algún día había de proporcionarle una aventura más?.... ¡Oh.... no es Vd., ciertamente, quien puede aspirar a tales episodios en esta casa. Comprendo que se sacrifique todo en un momento de locura, pero por un alma ¿entiende Vd.? por un alma, capaz de estremecerse y de querer y de sufrir.... Por lo demás yo no estoy en ese caso y le agradezco su solicitud.

JAC. — Si es Vd. feliz.

AM. — Sí, soy feliz, soy feliz, soy feliz....

JAC. — ¿Está segura? ¿O es que Vd. misma trata de convencerse?

AM. — Basta. Haga Vd. de cuenta que no hemos hablado nada.... Absolutamente nada. Y confío en que por lo menos tendrá la nobleza de no molestarme con sus pretenciones.

JAC. — Tiempo al tiempo....

AM. — ¿Qué? Eso es cinismo.

JAC. — Continúe.... con el insulto. Prefiero su odio, por que el odio....

AM. — Si, tiene razón. Ahora.... lo deprecio. (Murmullo de voces por la izquierda) Silencio.... No me obligue Vd. a repetir a los demás.... lo que ya sabe.

ISMAEL CORTINAS.

CHOPIN

¿Quién lo arrastraba, así, por
la vida, a través de la tristeza?
(GORKI)

Era la tarde y, hacia los confines
de un ambiente de histéricos ensueños,
las teclas exhalaban su lamento:
heríalas la fiebre, y al sublime
llamado respondían
con efusión de manos dolorosas.....
En el parque, arrancando de las frondas
lloros, blasfemias y estridentes risas,
despertaban los ecos, uno a uno.....
«¡Chopin, divino tísico!.....» clamaron:
«hijo de la celeste Melodía
y el alma taciturna de los lagos....
¡Oh hermano del Crepúsculo!....»
Y clamaron así, también, los ecos:
«¡Oh divino juglar, trovador nuestro:
somos la voz del corazón humano
cambiante como el mar;
y la voz somos de la soledad
misteriosa y enorme!
Somos odio y amor y abnegaciones
y, también, blanda copla de la madre
sobre la cuna cándida del niño;
ave en la selva, gota que sollozo,
—lacrymæ rerum, llanto de las cosas—;
resonancia lunar en el siglo

medroso del paisaje,
donde danzan las sílfides
movidas por un ritmo inverosímil
de vals o de mazurka
y donde, en angustiada
solemne procesión, la Muerte cruza
al compás persistente, persistente,
al compás..... al compás....
al compás persistente de las cajas,
al compás de las cajas enlutadas....
Donde, al compás de los sollozos, va
la Muerte.....
«¡Acógenos, Chopin!....» también dijeron
los ecos:
«¡Acógenos, Chopin: si nuestro intérprete
en tu divina lengua musical!.....»

JULIO LERENA JUANICO.

CUANDO ESTUVO TAMBERLICK

El 30 de Diciembre de 1856, por la noche, fondeó en la rada exterior el paquete «Tocantins», que había salido de Río Janeiro la Nochebuena.

Los montevideanos esperaban la llegada del paquete...

Venía a su bordo el famoso tenor romano Enrique Tamberlick, que acababa de realizar una temporada triunfal en la capital fluminense.

Gobernaba entonces don Gabriel Pereira, electo presidente el 1.º de Marzo del mismo año, y era un momento de grandes esperanzas: había sed de sosiego; un gran propósito de reconstruír el país.

Tamberlick nacido en 1820 era una celebridad europea: el seminarista de Montefiasconi, estaba convertido en el primer tenor del siglo.

Estrenado en el Teatro de San Carlos, de Nápoles, la temporada de Lisboa «fué la llave de oro de sus temporadas líricas».

Barcelona, Madrid, Londres, San Petersburgo, lo habían consagrado.

Sólo le faltaba la ópera de París, que le ofrecía un contrato de 144.000 francos.

Pero el gran tenor vaciló ante la prueba suprema, y decidió hacer primero la temporada de Sud América.

No existía en Montevideo un buen teatro disponible.

En Solís, flamante, actuaba la compañía española de Duclos, una compañía dramática de las mejores de su tiempo.

¿Cantaría en San Felipe, «un teatro que había dejado de ser», según decía un gacetillero de la época?

Perseguía al tenor una especie de fatalidad en punto a salas de espectáculo. En Río tuvo que cantar en lo que se llamaba «O Provisorio», un barracon donde, cierta noche, en plena ópera, entraron dos perros al proscenio, enredándose en las piernas de los coristas.

Pero no podía cantar en San Felipe; «a personas de su clase, que ha hecho resonar su voz en los mejores teatros del mundo, no podemos consentir que teniendo un hermoso teatro como Solís, le ofrezcamos el más inferior», argumentaba «La Nación».

«Solís, monumento grandioso de nuestra civilización — decía otro diario — de nuestra cultura y de nuestro amor a las artes, debe abrir de par en par sus puertas para recibir a Tamberlick.... ».

Arregláronse las cosas de manera que el tenor y la compañía Duclos se turnasen en Solís, y quedó solucionado el asunto.

Antes del estreno Tamberlick ensayaba—naturalmente— sus papeles, y una concurrencia compacta, reuníase a oír su portentosa voz, en el patio y la vereda del Hotel del Comercio, calle Piedras 89, entre Misiones y Zabala.

Presentose al público el gran tenor, el 10 de Enero con «Trovador», ópera nueva, que se había estrenado en el «Apolo» de Roma el 17 de Enero del 53 y en el «Italiano» de París el 23 de Diciembre del 54.

El precio de las localidades se duplicó y el reparto se hizo de este modo:

Conde de Luna	Cima.
Leonor	Sra. S. V. Lorini.
Manrique	Tamberlick
Azucena	Sra. A. Cassaloni.
Fernando	Figari.
Inés	Sra. Canonero.

Estalló al primer acto — no más — el entusiasmo de los espectadores,

Cuando cantó «Deserto su la terra...»

Tamberlick contaba 36 años y su admirable voz, que estaba en la plenitud, no demostraba ningún cansancio no obstante la intensa temporada concluída en Río Janeiro donde, en 5 meses, había cantado en 55 funciones.

Al retirarse de Solís una multitud — que comprendía lo mejor de Montevideo— con los coros y la orquesta a la cabeza acompañó al tenor hasta su albergue.

La noche había sido, según un cronista, «una noche de amor, de gloria, de vida y de entusiasmo».

Correspondiendo el domingo a la compañía española, la función del martes, «Hernani», tuvo que transferirse para el miércoles por repentina indisposición del tenor.

De la función del miércoles llegó a decir un espectador «no hemos envidiado al mejor teatro de Europa».

El sábado volvió a la escena «Trovador». Tamberlick demostraba marcada predilección por esta pieza: veremos como la repitió ante nuestro público—y en Río Janeiro la había cantado 11 veces.

Para la 4.ª función — martes 20 — fué designado «Rigoletto», pieza que vino a estrenarse — para América — en Montevideo, pues no figuró en la temporada brasileña.

Entre los actos 3.° y 4.°, la Cassaloni cantó el aria de Bethy.

«Trovador» volvió a llenar el cartel de la 5.ª función; y para el 27, anunciose «Luisa Miller», donde Tamberlick hacía el papel de Rodolfo.

Un poco pasada de moda, actualmente, esta ópera de Verdi, como tantas otras, estaba precedida, entonces, y de cerca por los éxitos del 49 al 53.

La romanza y la escena de la imprecación—por lo demás — daban al tenor margen para lucirse.

Antes del acto tercero la soprano Anetta Cassaloni, cantó el aria de «Orbeto, conde de San Bonifacio», ópera un poco fracasada.

La breve temporada se iba acercando, ya, a su terminación.

El viernes 30 despidiose la compañía del público montevideano con este cartel fragmentario:

PRIMERA PARTE

1.º Sinfonía de *Nabuco*.
2.º *Rigoletto* Duo: «*Addio*». Sra. Lorini y Tamberlick.
3.º Escena y Aria de «*Luisa Strozzi*». Cima y los coros.

SEGUNDA PARTE

4.º Acto de *Favorita* — *Fernando*, Tamberlick.

TERCERA PARTE

1.º Escena y rondó «*La Cenerentola*» Sra. Cassaloni y los coros.
2.º Sinfonía del maestro Castagneri.
3.º *Trovador*. «*Madre Infelice*». Manrique, Tamberlick.

.....

Y el domingo 1.º de Febrero, por la tarde, el «*Menay*» zarpó con Tamberlick y su *troupe* para Buenos Aires: el contrato de 30.000 francos mensuales con que vino al Río de la Plata, comprendía también la capital porteña.

Quedó de esta visita — y está todavía en Solís — un hermoso retrato del tenor famoso.

Quedó también, por mucho tiempo la impresión de que aquel hombre era un prodigio y, por más tiempo aún — cuando ya el eco de su voz se había perdido — el orgullo de poder decir «cuando oí yo a Tamberlick!...

Con ese tono de orgullo sonaba la voz del comandante D. Francisco Saldaña, cuando lo recordaba a sus nietas, en el Salto, bajo la paz de los parrales pintones.....

Una de aquellas nietas fué mi madre.

J. M. Fernández Saldaña.

Montevideo 1917

PERFILES DEL RENACIMIENTO

BOCACCIO.

¡ A gozar !, ¡ a gozar, por que la vida es corta !;
peca la carne joven con sagrado impudor.
Rueda el tiempo su rueda implacable, ¡ no importa !,
solo vence a la muerte la mujer y el amor !

Luzbel es más potente que Dios; mientras la absorta
muchedumbre se agita, trémula de terror,
plasma la vida en cantos, y en su oscura retorta
florece una sonrisa para cada dolor !

¡ Medio Evo !; ¡ macabra pesadilla del mundo !
Sobre su lecho lívido de infecto moribundo
que abruman los fantasmas de la superstición,

deja caer Bocaccio con generosa mano,
como cien blancas rosas de algún jardín pagano
las cien blancas historias de su Decamerón !

CESAR BORGIA

Sobre un tapiz lujoso felinamente avanza,
bello como un arcángel, entre la rica plebe.
Ni una mirada recta a enfocarlo se atreve,
ni un dardo venenoso frente a frente lo alcanza.

Zumba en su torno, alada y humilde, la alabanza,
mas ni un músculo solo de su rostro conmueve;
serio y reconcentrado, sorbo tras sorbo, bebe
como un licor el dulce placer de una venganza !

Yace en su pecho oculta como una sierpe viva
la daga; esconde el pomo su ponzoña furtiva
y la flor la traición de su aliento mortal.

Y mientras buscan presas sus instintos impuros,
en su mano cargada de crímenes obscuros,
viva, relampaguea la gema episcopal!

ALBERTO LASPLACES.

Montevideo, Diciembre de 1919.

Apuntes de un Pueblo Humilde

Desolada calle.

Cruza una carreta al cansino andar de las mulas. El eje va llorando destemplanzas de vejez y abandono y sobre la arena dormida queda una huella cálida y honda, que dura apenas breve espacio. Cuando la nube de polvo que levantan las pisadas se desvanece, la arena, mansamente, silenciosamente, como cumpliendo una tarea rutinaria, se desmorona y va rellenando el precario canal que fué estela de las llantas. La sombra de los talas seculares tiene intermitencias de plata: puñales de los rayos del sol que abren heridas sin sangre. Al pasar la carreta pasó toda la vida, con sus achaques actuales y su evocación de leyenda. Ya no hay un movimiento, ni un rumor en lontananza, ni un mal pájaro que trine... Qué fué el pasado en esta calle de arena dormida?

Veo un cacique calchaquí y a su lado una india joven. El cacique es robusto y taciturno; la india, enamorada y sumisa. No há mucho se dijeron sus amores y un rincón esquivo del bosque fué su tálamo. Porque en amor no hay reserva, el tálamo indiscreto, confió al viento el secreto de sus nupcias y el viento lo esparció en los campos, lo llevó lejos en su incansable andanza, y hoy, la pasión bendita pone sobre la frente del broncíneo cacique y en el alma de su compañera india, una vaga superstición. Que temen? Escudriñan el horizonte con afanoso empeño. Luego él clava sus pupilas taciturnas en los ojos sumisos de ella y mira largo rato, hasta que en lo profundo vé nacer un destello de fé, una afirmación de cariña.

En la lejanía se inicia una polvareda de cabalgaduras. Deben ser los conquistadores que llegan.... La pareja

de indios eleva una muda plegaria al astro muriente y emprende camino a la choza, paso a paso, sin volver las cabezas, agobiado en ambos el espíritu por una gran mansedumbre de esclavitud, que se transmite en herencia a través de muchas generaciones. Y derrotada prematuramente, la pareja se pierde a lo largo de la calle desierta...

Del opuesto confín se avecina la polvareda. Conquistadores ?....

Es la carreta que torna. El eje sigue llorando sus destemplanzas de vejez y abandono, pero la carreta trae una carga de verdores. Hojas de vid, hierbas tiernas, húmedo pastizal... Delicia de frescura veraniega, que al acercarse embalsama el aire con un relente auspicioso. Y al conjuro, la ancha calle desolada se puebla de algarabía. Son las mujeres y los hombres y los niños que abandonan la labor de las viñas, mientras las acacias floridas que encubren el portal de una vieja casa dan al viento viajero, que ya dilapidó el relente, un suave perfume de aliento mujeril, y uno que otro pétalo amarillo.... uno que otro pétalo blanco....

La vendimia.

En las viñas hay fiesta, que el trabajo tiene ejecutoria de fiesta en todos los tiempos. Es el repiqueteo metálico de las tijeras, es la verde tonalidad de los pámpanos, son los racimos de fruta dorada, de pulpa jugosa; son las torcaces que dicen sus mansos arrullos en la sombra de la arboleda, y es la charla liviana de las mujeres con los peones, y el alborozo de un chiquillo que ha encontrado un nidal con pichones de picos enormes y parlanchines... La fiesta es también la fiereza del sol que cae implacable sobre los sombreros de paja de los trabajadores, blancos y numerosos como una profusión de hongos muy grandes; y las nubes que pasan, velas aventureras del misterioso mar azul que no tiene playas, y la sierra lejana, y hasta el ojo avizor y la voz de mando del agreste capataz.

Se extiende por toda la heredad una alegría de vivir que acaricia y seduce.... para que digamos que la vida es buena porque hay esperanzas en el inquieto follaje y promesas de vino dulzón en las uvas de topacio y en las uvas ambarinas. Que la gente es ingenua y es simple su gozo ? Bien haya, señor !... Para eso florecieron las margaritas que mienten tantos destinos de novias, y quiso la suerte que las golondrinas se fueran lejos, sin traer las respuesta a nuestras interrogaciones quiméricas.... para complicar con sus engaños y ausencia esta pobre sencillez !

Hay fiesta en las viñas. La mozada cumple sus tareas alternando bromas y risas. Por la calleja interna, bordeada de vides sarmentosas, van y vienen las mujeres con las cestas al hombro y se cruzan entre las chatas de acarreo, con un zig-zag de hormiguero proficuo. A la vera, descansan los perros batiendo la cola en señal de contento y fidelidad. De pronto se yerguen, enderezan las orejas, husmean y se lanzan en loca carrera, aturdiendo con sus ladridos. Han visto o presentido una alimaña que huía...

Al caer la tarde empieza su cantilena una chicharra oculta en un algarrobo de sazonada cosecha. Y hombres, mujeres y niños, abandonan la labor y se marchan afuera, poblando de momentánea algarabía la calle de arena dormida....

Cantan una canción.

Ha llegado la noche con pasmosa lentitud. En las amplias galerías de la casa vieja se han encendido los faroles primitivos, que pestañean al paso vertiginoso de los murciélagos. Un grillo, fué, en tanto servían la merienda, predisponiendo el ánimo al recuerdo de otras noches, con su monotonía pertinaz, molesta y no obstante, buena. Dice la superstición lugareña que los grillos anuncian cartas o visitas. Qué mentira nos traerá la carta ? Quién

será la visita? Bienvenida seáis, carta zalamera o visita desconocida!.... Porque la mentira ha de ser halagueña—sinó para qué mentir?—y la visita ha de traernos noticias de cosas lejanas, disfrazadas de ensueño.

Desde el pollo que es orgullo del portal y la vereda, se domina la calle hasta un rancho cercano, donde brilla una luz mortecina. En el rancho se aprestan para bailar. Han puesto albahaca en un cacharro diaguita y hay un cántaro rebosando vino. Junto a la luz mortecina, cuelga una guitarra que luce con donaire campero un lazo de cinta: trofeo de amor. Colgaba la guitarra, porque ya está en manos de alguien que preludia una copla. Rompe la música el sosiego envolvente y cantan una canción.... Qué dice el cantar? Habla de penas, de novias ausentes? De amores perdidos, de malas traiciones?

La canción tiene una dulce virtud evocadora, y una suave melancolía para las horas que corren. Traduce en sus versos, en el bordoneo melódico, muchas de nuestras emociones recónditas. Besos que no se lograron.... Desconfianzas que fueron acumulando los años....

Pensamos: no ha habido en el pueblo más amantes enamorados que el cacique taciturno y la india sumisa?

Pensamos: vale la pena ponerse un poco triste por el amor que no llega, cuando cantan una canción?

ADOLFO LANÚS.

SI

Si puedes estar firme cuando en tu derredor
todo el mundo se ofusca y tacha tu entereza;
si cuando dudan todos fías en su valor
y al mismo tiempo sabes excusar tu flaqueza;
si puedes esperar y a tu afán poner brida,
o blanco de mentiras esgrimir la verdad,
o siendo odiado al odio no dejarle cabida
y ni ensalzas tu juicio ni ostentas tu bondad;

Si sueñas pero el sueño no se vuelve tu rey;
si piensas y el pensar no mengua tus ardores;
si el Triunfo y el Desastre no te imponen su ley
y los tratas lo mismo, como a dos impostores;;
si puedes soportar que tu frase sincera
sea trampa de necios en boca de malvados,
o mirar hecha trizas tu adorada quimera
y tornar a forjarla con útiles mellados;

Si todas tus ganancias poniendo en un montón
las arriesgas osado en un golpe de azar,
y las pierdes, y luego con bravo corazón
sin hablar de tus pérdidas vuelves a comenzar;
si puedes mantener en la ruda pelea
alerta el pensamiento y el músculo tirante
para emplearlos cuando en ti todo flaquea
menos la Voluntad que te dice: «Adelante»;

Si entre la turba das a la virtud abrigo;
si marchando con Reyes del orgullo has triunfado;
si no pueden herirte ni amigo ni enemigo;
si eres bueno con todos, pero no demasiado,
y si puedes llenar los preciosos minutos
con sesenta segundos de combate bravío,
tuya es la Tierra y todos sus codiciados frutos,
y lo que más importa, serás Hombre, hijo mío.

RUDYARD KIPLING.

Traduc. de E. Rebolledo.

EIL ALMA DE LAS COSAS

EL LIBRO

(*La obra maestra*)

El genio me dió todos sus pensamientos, me consagró su vida, se entregó a mí por entero.

Yo reflejo los matices de un alma que se apasionó por el Ideal, que pasó sobre el mundo como una sombra, y a la que los hombres no supieron conocer.

Vosotros que pasáis, deteneos un instante. ¿No oís mi voz? Es la voz de un espíritu que se refundió en mí.

El era un predestinado, un solitario y un excelso soñador; entrevió el misterio y quiso alumbrar el abismo, conoció a su Dios, y pugnó porque vosotros también le conocierais.

Leedme y meditad y cuando volváis una página acordaos de que quién me dió vida fué un triste, un desheredado, y observad bien por ver si hallais en el papel el rastro de una lágrima.

Detrás de mí está el Insomnio, está el Dolor, está la Meditación con un dedo apoyado en la frente. No lo echéis en olvido y reflexionad, pero ante todo, no paséis indiferentes a mi lado, creyendo que sólo hallaríais al abrirme caracteres impresos. ¡Esto sería horrible y, si tal hicieraís, su espíritu se estremecería en la eternidad!

Cuando se da la vida por una idea, cuando la llama se extingue después de haber ardido sólo por el amor, se tiene derecho a ser escuchado y la indiferencia de los hombres sería en este caso un crimen imperdonable.

Vosotros que pasáis: deteneos!

EL ESPEJO

Cuando el hombre primitivo se miró en el agua, vió su imágen reflejada allí; entonces conoció su rostro y supo que era semejante al de su hermano.

De aquí habrá sacado sin duda en consecuencia que la fraternidad debe existir sobre la tierra entre todos los seres de una misma especie.

Yo soy el perfeccionamiento de la obra creada por la naturaleza, pero no desempeño un rol tan simpático en la historia de la humanidad.

Soy un cristal limpio, pulido, que en vez de permitir que se vea lo que hay detrás de mi, desconcierto a los que tratan de penetrarme, reflejando sus propias imágenes. Los objetos viven en mi una vida espiritual. Por ello es que a veces me imagino poseer un alma a la manera de los seres pensantes.

Mi pupila tiene el don de la visión, todo lo que se halla en mi presencia es percibido por mi, de otra suerte no me sería dado reflejarlo con exactitud matemática.

Poned una luz delante mío y vereís que el foco se duplica, que adquiere nuevo fulgor, como si hallara en mi un complemento de su ser.

Mi brillo es mi imaginación y al igual de los poetas me apropio cuanto me rodea para hacerlo revivir.

Lo que está en mi, no pertenece ya al sujeto, al que nada he quitado de su personalidad, desde que éste se halla intacto, y es obvio que descomponiendo las diversas figuras que resbalan sobre mi superficie, pueda crear objetos nuevos y fabricarme un estilo original. Tal hago durante la noche cuando nadie puede sorprenderme.

Luego también soy creador y un creador opulento, porque poseo la forma, el movimiento y el color.

EL ANILLO DE COMPROMISO

Vosotros que paseais vuestras interrogantes miradas sobre mi—¿ quereís saber lo que pienso ?—Escuchadme: Esta mano tan bella que enciende vuestro entusiasmo, ha sido conquistada, tiene ya dueño. ¿ Quien es él ? Nada puede importaros; sabed únicamente que se merece el cariño que ha sabido inspirar, que mientras vosotros pasabais indiferentes ante la beldad que hoy ha despertado vuestro capricho, él sabía adorarla en la sombra de rodillas, que las horas que vosotros consagrasteís a la holganza, al esparcimiento del espíritu y a la locura, él las dedicó por entero a su recuerdo, que cuando vosotros os embriagábais en el festín, entorpeciendo vuestros pensamiento, él lo tenía despejado y libre para que pudiera volar serenamente a la cita donde Ella le aguardaba.

¿ Que méritos habéis hecho con mi dueña para merecer una mirada ?

Id, id a buscar las bellezas frívolas que pupulan en el mundo y no os detengais en ésta cuyo corazón está sellado.

Lo afirmo porque lo sé. Ella sólo se mira hoy en mi áurea superficie porque sabe que le tengo prometida la felicidad, la consecuencia y el amor y que no puedo faltar a mi promesa. No soy un anillo, sino un juramento.

LA MORFINA

Soy Jauja, el Edén de Mahoma, el Paraíso terrenal. A mi soplo se disipa el hastío, llevo en mi una fuerza desconocida, sobrenatural.

A la distancia, la Muerte me sonríe, pero el dolor tiene verguenza de mí; me huye. ¡ Es mi desquite ! Los que me han tratado más de una vez, me aman siempre, mi atracción es irresistible; me apodero del corazón humano y anulo la voluntad, porque sé producir el hilo maravilloso con que se fabrican los ensueños. Y estoy satisfecha de

mi destino ¡ como no estarlo ! teniendo conciencia de que hay infinitos seres que me adoran, que se prosternan reverentes ante mis altares y que hacen de mi una divinidad en la tierra.

Que yo les llevo al sepulcro; cierto, pero les conduzco por entre verjeles, hago que los pies sean inmunes a los guijarros del camino, evito que la sed abrase las entrañas, aniquilo la fiebre que desencadena tempestades en el cerebro y disipo las pesadillas que avasallan el espíritu.

Guío hacia el misterio, pero a mi paso se iluminan las sombras.

Voy en busca de la soledad, de la noche sin fin, pero llevo en mis manos la lámpara de Aladino.

El azul del cielo se reflejará siempre en mis ojos, aunque en su fondo esté el abismo profundo, insondable.

Soy la antítesis del túnel; por mi se va a la oscuridad densa, impenetrable, circundada la frente de una aureola luminosa.

EL MICROSCOPIO

Poseo un mundo que se escapa a la simple mirada del hombre y que sin mí fuera imposible conocer.

Para algunos, muchos sin duda, nada existe en una gota de agua, sobre la superficie satinada del papel, en la joya relumbrante que es gloria de la pupila, sobre los labios purpúreos creados para el beso.

Pero yo sé que en esa gota hay un universo, millares de seres que se agitan, generaciones que nacen y desaparecen en el breve espacio de un instante, como si hubieran cumplido su misión.

Sobre el papel donde corre fácil la pluma, trazando quizá palabras de amor, expresando sentimientos tiernos, entonando un himno entusiasta a la vida, a la juventud y a la belleza, veo a veces el gérmen que lleva la enfermedad o la muerte a quien poco antes hizo experimentar supremas emociones.

La joya que mirais con ojos ávidos, puede ser sólo un vehículo de desolación, y en los labios por cuyos besos suspirais, tratando de arrebatarles un tesoro de sensaciones supremas, podeis hallar el dolor, ese monstruo que hace expiar en horas interminables, unos breves instantes de felicidad.

Todo eso lo sé yo, y vosotros habéis llegado a saberlo después que me conocisteis.

FERNANDO NEBEL ALVAREZ.

Montevideo.

LA HORA DE LA EMOCIÓN

Cuando la gente duerme, en la noche otoñal,
todo envuelto en la bruma de su negro ropón,
canta el pájaro loco de nuestro corazón
las divinas estrofas del amor inmortal...

Yo te enseño a burlarte de la gente banal
que duerme en la encantada hora de la emoción;
mientras ellos descansan vela nuestra pasión,
nada ven y nosotros vemos el ideal!.....

¡Cálidos senos, boca de tan dulce reir!
Cuando se os ha besado ya se puede morir
sin pesar, que la vida ya no tiene más miel.

Amada, dormiremos después, en el dolor.
Ahora, mientras tiembla junto a tu faz mi amor,
corta estas nuevas rosas que han florecido en él....

SEGUNDO BARREIRO.

TU MANO

La noche aquella, toda poesía,
cuando dejaste, fatigada, el piano,
entre la tosca y triste mano mía
yo tuve el albo lirio de tu mano.

Un pájaro sutil me sugería
que volviera de un vuelo muy lejano,
cansado de volar. Desfallecía,
como un rendido corazón, tu mano.

Esta noche, también plácida y suave,
mi soledad te evoca; junto al clave
veo surgir tu pálida belleza

y me parece que tu mano blanca,
de lo más hondo de mi ser arranca,
la grisácea raíz de mi tristeza!

JULIO GARET MAS.

LA OBSCURA TRAICIÓN

La aguardaba llegar, en mi porfía,
como a su amado aquella virgen loca
que en la aconseja de Guyau, se toca
con el velo nupcial a cada día.....

Largo tiempo he vivido en la agonía
de este inmenso dolor que me sofoca,
sintiendo ausente el beso de su boca
sobre mis labios que la muerte enfría.

Empieza a diluirse mi quimera
en el ocaso triste de la espera
donde crüel se esconde la asechanza.

Y veo, con amargo desconsuelo,
que sube, hasta las ansias de mi anhelo,
la más torva traición de mi esperanza!

JOSE PEDRO BASTITTA.

AUTORES Y EDITORES

El maestro Lugones ha publicado en «La Nación» de Buenos Aires, estas letras:

Procedente de una pretendida Biblioteca Rioplatense ha circulado entre los libreros el siguiente prospecto anónimo:

«Las montañas de oro», por Leopoldo Lugones. — Acaba de ser impresa en buen papel y conservando la misma ortografía.

«Se halla en venta en todas las librerías de Buenos Aires y Montevideo al precio de $ 1.50 m/n. argentina y de $ 0.60 oro uruguayo. Se atienden pedidos por carta previo envío de su importe respectivo o contra reembolso, debiendo dirigirse la correspondencia al director de la Biblioteca Rioplatense, calle Buenos Aires 214, Montevideo. Precio neto para los libreros, $ 1.10 m/n. argentina».

Trátase de una edición clandestina que constituye un verdadero robo y que sólo ofrece al lector un texto trunco y lleno de errores.

Como por falta de no sé qué instrumento diplomático, ley, decreto o lo que sea, este atentado goza de impunidad legal en el vecino país, entrego su divulgación a la prensa honrada y confío su represión a mi gallarda amiga la juventud uruguaya, quien sabrá apreciar, sin duda, la infamia de ese despojo tolerado, tratándose de un escritor que vive exclusivamente de su trabajo intelectual.—LEOPOLDO LUGONES.

Es verdaderamente lamentable lo que acaba de ocurrir con el gran poeta de «Los Crepúsculos del Jardín» en quien la juventud uruguaya reconoce a uno de los primeros líricos del continente.

Ni siquiera defendidos por un noble propósito de divulgación, estos hechos podrían ser admitidos,—desde el momento que no existe duda sobre el derecho exclusivo del autor a sus hijos intelectuales.

Mucho más, por consiguiente, debe censurarse, cuando, bajo la apariencia de la divulgación de obras maestras, sólo se oculta en realidad una especulación.

Es hora ya de que nuestro parlamento ponga término a estas deficiencias legales,—y en tal sentido, «Pegaso», como expresiónde la intelectualidad uruguaya, — adhiriéndose a la protesta del eminente maestro argentino, — exhorta a los legisladores dela nación, para que cuanto antes se dicte una ley tutelar de los derechos de los autores.

GLOSAS DEL MES

De la vida

Escenario: barbería del Asilo de Mendigos. En un banco esperan turno diez asilados De repente, entra la hermana trayendo un recién llegado y dirigiéndose a uno del grupo:

Vea — le dice, — aquí tiene un compatriota.

El aludido, un viejo setentón, levanta el rostro y mira al nuevo asilado con esa indiferencia sin hostilidad de los ojos provectos. El recién venido se sienta a su lado Sus barbas, sus cabellos, sus ropas hablan de terribles peregrinajes.

Y en tanto ambos aguardan el beneficio de la tijera y la navaja higiénica, entablan este diálogo:

—De donde sos?

—Asturiano

—Yo también

—Del pueblo de Figueras

—Yo también.

—Hace mucho viniste a América

—Cincuenta años

—Justo como yo.

—En 1869.

—Eso es. 1869. Hace ya tiempo — eh?... y siempre en Montevideo?

—No, 15 años, aquí. Después anduve en el Paraguay, en Río Grande, en la campaña. — Que se yo...

—¿Nunca volviste a Figueras?

—Nunca.

—Yo tampoco.

—Hubiera sido mejor no haber salido de allá.

—Bah!: quién sabe.

—¿Tienes parientes en Figueras.

—Vaya a saber ahora.

—Yo tampoco nada sé. ¿Y aquí?

— No. Tenía un hermano, pero posiblemente ya ha muerto.

—Yo también tenía un hermano. Vinimos juntos. Hace treinta años que no se nada de él. Habrá muerto, sin duda.... Se llamaba Juan.

—Juan!: como yo.... Yo me llamo Juan ¿y tú?

—Luis.

—Luis! como él.... Luis qué?

—Zapata.

—Zapata también yo.... Será posible....

Por un momento las cuatro pupilas fosforecen violentamente, como queriendo reconocer en las ruinas del rostro los rastros familiares.

Luego, perplejos:

—Sos tú, Juan.

—Sos tú, Luis.

Estos dos hermanos vinieron, hace cincuenta años, con el corazón alegre, a hacer la América.

Cuestión de cálculo.

El hecho es que los radiologistas norteamericanos pueden revelar con los rayos X, en un cincuenta por ciento de casos, con seguridad absoluta, la existencia de cálculos en los organismos de sus compatriotas atacados de esa afección.

En cambio en los ciudadanos franceses los radiologista galos no pueden dar el mismo diagnóstico preciso más que en un cuatro o cinco por ciento de casos. Creemos que exageramos, todavía.

Y, naturalmente, esto los tiene profundamente preocupados. En vano mejoran sus aparatos, calcan la técnica de los yankes, han llevado mismo a París especialistas y máquinas norteamericanas.... el porcentaje no se eleva.

Y no pudiendo resolver el problema han llegado a la conclusión de que los cálculos norteamericanos tienen una estructura química diferente a la de los franceses; pero el laboratorio, supremo árbitro, no ha corroborado esta creencia.

Hay, pues, que buscar otras causas para explicar este hecho singular.

A riesgo de que se nos tome por sugetos tribiales y sin intención ninguna de chancear con la majestad del asunto, no resistimos a la tentación de lanzar una nueva teoría al comercio científico.

La razón nos parece residir en la ética, más que en la química, la técnica o las máquinas.

Siendo el yanke el hombre calculador por excelencia, hecho todo a base de aritmética, álgebra y geometría, es natural que cuando se disponga a ser cálculos, así sean biliares o nefríticos, los haga con una ciencia muy superior a los de cualquier otro pueblo de la tierra y sobre todo, calculando ya la ventaja que va a obtener en hacerlos infranqueables a los rayos X.

En todas las cosas hay un poco del alma de su creador, hasta en los productos patológicos y tal vez, en estos, más todavía.

La piedra fabricada por un organismo norteamericano llevará en sí el sello de su raza. Será, aunque no pueda demostrarlo la física ni la química, espiritualmente por así decirlo, dura, tenáz, perfecta, calculada. La del francés, en cambio, fragil, frívola, hecha como al desgaire.

Es natural, entonces, que los rayos X atraviesan los unos como hojas de papel y hallen en los otros resistencias invencibles.

Reconocemos la audacia y la falta de apoyo positivo de esta teoría, pero en tanto no se nos demuestra lo contrario (y aquí debemos decir que distinguidos radiólogos compatriotas nos acompañan) tenemos el derecho de sostenerla y la sostendremos.

Estamos encantados con ella.

JOSE MARIA DELGADO.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Nuestros males universitarios. — Por ERNESTO NELSON. — Buenos Aires 1919.

El gran educacionista argentino, profesor de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad de la Plata, Ernesto Nelson, acaba de publicar «Nuestros Males Universitarios», obra en la que afirma una vez más su personalidad y en la que continúa su propaganda por el mejoramiento de nuestras instituciones educacionales, señalando las fallas de que adolecen y los remedios a aplicar. Obra de crítica y al mismo tiempo constructiva, «Nuestros Males Universitarios» merece ser leída atentamente por todos aquellos a quienes interese el mejoramiento de su país y de los hombres, ya que en la educación está la raíz de todo perfeccionamiento, y que el mejoramiento político, moral, económico y social, no son sino derivaciones del mejoramiento educacional.

«La Universidad nació en el mundo, — dice Nelson, — para consagrar una aristocracia nueva, cuyo distintivo iba a ser la cultura más o menos verbalista». «La educación universitaria fué la educación por excelencia», y esto trajo como consecuencia desvirtuar la función propia de los colegios secundarios y las escuelas primarias, haciendo que, en el hecho, ambas instituciones adapten sus finalidades y sus métodos para preparar sus educandos para la Universidad. Por el hecho de su pecado original, las Universidades ejercen el monopolio de los estudios superiores y profesionalizan la cultura. Esta no es en la práctica, aunque se le consagre así teóricamente, un derecho universal sino el privilegio de unos pocos, dado que «el aparato educacional que va de la escuela a la Universidad está montado como un vasto embudo en cuyo interior se realiza una selección despiadada» de efectos eliminatorios. «Estamos tan habituados, dice Nelson, a la idea de que la cultura es cuestión de privilegio, que asistimos impasibles al colosal desperdicio de esfuerzos que representa el inmenso número de los repudiados por la escuela, el colegio y la Universidad, dando así un asentimiento ciego y vergonzoso a la teoría por nadie proclamada pero por todos aceptada, — de que el doctorarse en aquella es la finalidad suprema de toda educación». «Y gracias a una moral demasiado tolerante con este privilegio, la Universidad es la causante principal de las divisiones artificiales señaladas en las

categorías del trabajo humano; — de haber imbuido en la juventud el menosprecio por las actividades industriales; — de haber mantenido la funesta falacia de que así como la cultura es asunto de gobierno, el gobierno debe ser también asunto de cultura, y lo que es más grave, asunto de cultura intelectual puramente. Es en esta superstición donde se alimenta una de las raíces más poderosas del mantenimiento de la oligarquía política, que es la forma atemperada de la democracia en nuestra América». La Universidad actual no prepara así para la democracia sino que produce, al contrario, lo que podríamos llamar aristocracia de la cultura verbalista y profesional, — y el aparato educacional actual, — (escuelas, colegios, universidades), — no está montado para el pueblo desde que los criterios y los métodos educacionales actuales no son estimulativos sino simplemente competentivos y eliminativos.

Muy otros deben ser los fines y los métodos educacionales. El aparato educacional debe ser montado para la cultura general de todos, para hacer ciudadanos y democracia, para preparar para la vida. No debe olvidarse que «en toda educación hay adquisición de conocimientos, — pero que en toda adquisición de conocimientos no hay siempre educación; — que, por lo tanto, hay que tratar de organizar la actividad, no el conocimiento, — y educar en vista del desarrollo de la personalidad y de la formación de los caracteres». Las Universidades, para esto, deben suministrar una educación esencialmente cultural, y sólo accesoriamente profesional; — deben ser «*educaderos de la juventud*» y no simples «*enseñadores de la ciencia profesional*». El éxito personal de los egresados de ellas en la lucha por la vida y no el privilegio del título profesional puramente, — será así el que dará valor verdadero a las Universidades ante el concepto público, — ya que «el éxito en la vida material no es, las más de las veces, un resultado del azar o de la aplicación de calidades subalternas, — sino el resultado de la aplicación de aquellas calidades excelsas sobre las que debe asentarse la cultura de un pueblo». Estas calidades deben ser «el amor al trabajo, la rapidez de percepción, la habilidad para trazar un plan, para observar, para juzgar, la facultad de invención y la originalidad del procedimiento, el espíritu de iniciativa y de perseverancia, el reconocimiento del mérito ajeno, la buena aplicación del juicio propio, etc., etc.». «El ejercicio de estas cualidades es el propósito más legítimo de la educación». Entendida así la educación, la Universidad no es sino el peldaño más alto de la misma, — y como este propósito debe dominar desde la escuela primaria pasando por los colegios secundarios, la Universidad deberá adaptarse en sus fines y en sus métodos a aquellas escuelas y a estos colegios, — y no éstos a la Universidad, como actualmente pasa.

Esto es incontestable y esta es la tésis principal del libro, brillante e incontrovertiblemente fundada por Nelson en la obra que comentamos. Sobre la manera de realizar este ideal; sobre nuestra Universidad y las norteamericanas; sobre métodos de enseñanza y eslabonamiento de los colegios secundarios y de las universidades, trae Nelson páginas constructivas que deben ser muy atentamente leídas y estudiadas.

Hace al final de su obra unos comentarios sobre cultura y moral, de los que no podemos menos que transcribir algunos párrafos. «En esta América, afirma, — la cultura se ha sustituído a la moral. Lo que aquella ha aceptado ha sido bueno, — y malo lo que se ha condenado en su nombre. Una falta de ortografía ha mortificado más a quién la cometiera que una falta de carácter: los errores han pesado más que los yerros» «Nuestra cultura se ha desnaturalizado acabando por tener una finalidad inmoral, como es la de servir un vano alarde de clase». «No nos satisface nuestra democracia política; aspiramos a una democracia social, — al establecimiento de la república del bien». «La unión entre los hombres no debe depender de su coincidencia, — siempre parcial y efímera, — en las múltiples y matizadas opiniones intelectuales, — sino en los grandes sentimientos morales». «De nuestras Universidades salen diariamente sus graduados sin haber puesto a prueba sus convicciones, en la más antagónica diversidad de direcciones y conceptos, sobre las cosas fundamentales. Ellas son repositorios de erudición inerte, y no laboratorios donde se preparen los específicos que demande nuestra constitución y temperamento social. La falta de esta finalidad moral ha impedido dar carácter nacional a nuestra cultura».

«Educar es, para nosotros, una obra social que atañe a la difusión de ese conjunto de cosas intangibles que se llama ciencia, arte, etc. mientras que para el norteamericano, educar es formar una personalidad moral en un ambiente de arte y de ciencia. Nosotros sabemos llamar a la escuela el templo de la ciencia; — el norteamericano la llama la casa del niño; — para nosotros la Universidad es el agente de una enseñanza informativa o el lugar de organización del conocimiento mediante la investigación; para el norteamericano la Universidad es el teatro de una vida».

Son estos conceptos para meditar profundamente. El libro de Nelson debe ser leído y releído y estudiado largo rato por nuestros pedagogos, por nuestros políticos, por nuestros dirigentes, y sobre todo, por los hombres de claro criterio y de recta voluntad. Que ambas cosas se necesitan para empezar a hacer de una vez lo que en el libro se demuestra que es tan necesario hacer para el bien de todos.

A. B.

Proceso Histórico del Uruguay. — Esquema de una sociología nacional. — Por Alberto Zum Felde.

Ensaya el autor con este libro una forma de literatura que, hasta ahora, no se había intentado en nuestro medio, por lo menos de manera tan vasta.

Hemos tenido historiadores cuyos grandes méritos sería injusticia negar, pero la mayor parte se han limitado a hacer narraciones cronológicas de los hechos, bosquejando a lo sumo comentarios marginales sobre sus proyecciones filosóficas y sociales.

Y no podía ser de otra manera tampoco, porque, como el autor lo confiesa, para abordar esta tarea superior es necesario elevarse sobre todo móvil político y sectario, tener una dósis de serenidad que, honestamente, reconocieron acaso no poseer nuestros historiógrafos. Cosa natural, por otra parte, ya que nuestro presente está tan ligado con el pasado que puede decirse que la vida política de la República gira todavía alrededor del mismo eje tradicional, por manera que la mayor parte de las cosas pretéritas conservan siempre una apasionante actualidad.

Además, los hechos en sí mismo son aún motivo de controversias. Diariamente aparecen documentos inéditos, epístolas íntimas, que dan por tierra con muchas cosas tenidas por verdades.

Estamos, pues, históricamente hablando, en el período de almacenamiento y todo juicio filosófico o sociológico que se haga con los insuficientes materiales acumulados hasta ahora, corre el peligro de derrumbarse por la fragilidad de sus cimientos.

Verdad es que desde los tiempos en que nacieron los dos bandos tradicionales mucho se ha caminado, y no del todo en vano; pero en el fondo, y a pesar de que nuevos factores comienzan a tomar parte en nuestras luchas políticas y de que los partidos no han tenido más remedio que cambiar de rumbos para colocarse de acuerdo con la época, — es indudable que los viejos núcleos no se han desorganizado y que, quien más, quien menos, todos tenemos delante de nuestros ojos cristales que nos impiden examinar con ecuanimidad absoluta los sucesos de nuestra historia.

Por otra parte el estudio del señor Zum Felde llega hasta nuestros días. El mismo declara su amor por los hombres de acción y nadie desconoce su intervención activa en las luchas cívicas actuales. En tal estado de ánimo, — máxime después de lo que hemos dicho respecto a la trabazón íntima del presente y el pasado nuestros, — pretender hacer filosofía histórica y juzgar los hechos y los hombres con frialdad científica nos parece imposible por más [illegible] disposiciones que se tengan.

Y así es, en efecto. El libro, en todo lo que es posterior al año 1828, dará lugar, probablemente, a violentas polémicas; pues que, bien mirado, es un alegato en favor de ideas personales y tendría que ser muy ingénuo el lector que, a través de sus páginas, no adivinara claramente la filiación tradicional o, por lo menos, la simpatía partidista de quien lo ha escrito.

Y conste que no decimos esto como reproche, sino para vigorizar nuestra opinión respecto a la imposibilidad de querer sentar criterios definitivos en materia que, todavía, tanto apasiona.

No obstante esto, nos es grato reconocer que el autor revela condiciones excepcionales para abordar estudios de esta índole. Por lo pronto, en lo que podría llamarse los ciclos de nuestra evolución social, creemos que el señor Zum Felde ha puesto jalones diferenciales de carácter definitivo, lo que demuestra una extraordinaria penetración del conjunto.

Asimismo sabe pintar con sabias y vigorosas pinceladas el panorama de una época, imprimiéndole tanta vida que, a las veces, evoca la imponente figura de Sarmiento, de quién, dicho sea de paso, el autor disiente en cuanto al concepto sobre el caudillismo.

Otro capítulo del libro que seguramente llamará la atención, por chocar con las ideas de la generalidad, es el que trata de las célebres y doradas cámaras del 73 y la dictadura de Latorre, a quién el autor parece querer rehabilitar.

En resumen un libro fuertemente personal, que completa, o mejor dicho, exterioriza una nueva faceta de un brillante y singular talento.

J. M. D.

Nacha Regules.—Novela por MANUEL GALVEZ.—Editorial Pax.—Buenos Aires 1919.

No sé si este libro puede ser incluído en el índice de la literatura «post guerra». No sé lo que es eso. Para mí el arte, o como la humanidad, no cambian. Vienen modas, movimientos de opinión.... Pero los valores morales son siempre los mismos. Hay hombres buenos y hombres malos; libros detestables y libros óptimos. «Nacha Regules» puede figurar entre estos últimos, a despecho de una marcada lentitud en la acción, que fatiga un poco, allá por el capítulo IV o V. El defecto y la gran condición de Gálvez, (si no se nos cree paradojales) está en la premiosidad narrativa. Ara tarde, pero ara hondo. Es, sin disputa, el primero de los novelistas rioplatenses. Tal vez de Sudamérica. «Nacha Regules», sin discusión, es su más vigorosa novela. Mucho hay de bueno en «La maestra normal» en «El mal metafísico» y en «La sombra del convento»; pero en «Nacha Regules», junto al literato hay un sociólogo. La época es tan atormentada, que a mi juicio, huelga la literatura baladí. Debe escribirse para presentar el panorama externo, lo cual no deja de ser un método de divulgación, o para hacer prosélitos. Gálvez hace ideología. Esta revista publicó, hace un par de meses, como valiosa primicia, uno de los mejores capítulos de «Nacha Regules», obra intensa y revolucionaria. El título ajusta poco. «El Cristo Bonaerense» o «Don Quijote argentino» le cuadrarían mejor. Es la novela de la vida—la mala vida—bonaerense. Novela de crítica — de hetairas, de prostíbulos.... Novela interesante, sangrante, dolorosísima. La «mansa tragedia» palpita en cien páginas del libro. «Nacha Regules» tiene, junto a diez defectos, noventa virtudes. Es un libro sano, pujante, aleccionador. Los espíritus mogigatos van a escandalizarse por su sincero revolucionarismo. Más a nosotros revolucionaria y todo — precisamente por ser revolucionaria — nos subyuga, nos capta. De todos los capítulos, es el primero el mejor concebido y escrito. Nos llama la atención, pues no es la forma el fuerte de Gálvez. Luego notamos alguna inflazón al narrar. Hasta que el literato de «El solar de la raza» se siente un poco nervioso. Entonces escribe al desgaire, hace las frases más cortas..... Y esta despreocupación, lejos de perjudicar, hace más fácil la lectura de «Nacha Regules». Gálvez debe convencerse de que el arte va hacia el impresionismo, de que ya a nadie se le ocurriría planear una catedral de Reims o la fachada plateresca de la Universidad de Salamanca.... Cuanto menos atormenta su prosa, más fácil hace la lectura de sus libros. «Nacha Regules», de todos ellos, es el más valiente, el más real y el mas doloroso. Ojalá lo inmortalicen — a fuerza de diatribas — los críticos mediocres que tanto abundan.

V. A. S.

El Criterio Fisiológico. — (Ensayo de orientación social). — Por SANTIN CARLOS ROSSI.

En esencia puede decirse que este libro tiende a demostrar que la única base en que puede sustentarse una sociedad bien constituída y el único criterio lógico que existe para resolver sus múltiples problemas está en la fisiología y en la aplicación de sus leyes.

Sabidas cuales son las necesidades vitales del individuo se saben cuales son las de su especie, porque, en realidad, una sociedad no es más que un organismo multiplicado y la igualdad, en cuanto se refiere a funcionamientos y necesidades orgánicas, se establece en seres semejantes.

Cada ser es un conjunto de órganos heterogéneos, individualmente diferenciados en cuanto a su morfología y a su rol, pero unidos de manera tan íntima que todos trabajan por un mismo fin y se complementan de tal modo que el menor desfallecimiento de uno de ellos pone en peligro la vida de todos los demás.

La sociedad no es otra cosa que un conjunto de organismos, como el organismo un conjunto de órganos, y el hombre está colocado en ella como una célula en el fondo de los tejidos.

Partiendo de este principio el autor desarrolla gallarda y escrupulosamente su doctrina. Empieza por dar una idea general de los fenómenos vitales y analizar los factores de la vida en su más simple revelación: la célula.

De ésta pasa al individuo, demuestra como se constituye y de que modo comienzan a diferenciarse los órganos a modo y medida de las necesidades funcionales y los hábitos adquiridos, según los principios Lamarkianos que el autor concreta en la siguiente ley-síntesis: *La función hace al órgano, el hábito lo perfecciona, la desviación funcional lo deforma y la herencia lo trasmite en el estado en que lo posée el organismo que predomina en la reproducción.*

Luego estudia el hombre en sus aspectos animal y humano, en sus exigencias y necesidades y en sus funciones fundamentales, nutritivas, de reproducción y de relación.

Una vez concluído este análisis, que es como la base material de la teoría, empieza verdaderamente la parte noble e ideológica del libro. No hay problema social que el autor no resuelva, aplicando su criterio, clara y simplemente. Y por lo mismo que sus concepciones son las que están más de acuerdo con la naturaleza y la lógica, resultan, a veces, de una audacia extraordinaria.

Veamos por ejemplo, lo que el autor entiende por los derechos del hombre.

«Por haber nacido, — dice, — el hombre tiene derecho a espacio, educación y protección mientras y cuando no pueda obtener energías por el mismo y libertad de acción».

«Por haber cumplido sus deberes sociales (para el autor estos deberes, así como los derechos, son funciones iguales a las biológicas en los organismos) el hombre tiene derecho a la felicidad. ¡Y que es, ¡santo Dios!, «este miraje de todas las inteligencias, oasis de todas las caravanas, puerto de todas las esperanzas»? El mismo nos contesta: «aquí el amor, allí el juego o el arte, más allá la sabiduría o la gloria o la simple serenidad; pero siempre, siempre, la supresión de una nostalgia o la satisfacción de un deseo. Y «siendo el comentario de las funciones reproductoras (amor) uno de los más intensos y más al alcance de todos los organismos, la libertad más absoluta

dentro del respeto ajeno y del cumplimiento de las funciones derivadas debe serle acordada al hombre también en ese rubro».

¡El libre amor estatuído en virtud del derecho a la felicidad!

Se ve por lo que hemos dicho, el vasto programa que desarrolla el libro y las múltiples cuestiones de orden social, biológico, filosófico, ético, etc., que en él se abordan.

Para hacer un estudio analítico se necesitaría no solo mucho espacio sino una erudición singular.

De todos modos, estamos en el derecho de decir que esta obra es una verdadera joya de nuestra literatura científica, tanto más digna de mérito cuanto que no solo revela a un gallardo artista de la palabra y a un profundo pensador, sino a un hombre original en el concepto más noble del término.

J. M. D.

Las bellezas del Talmud. — Editorial América. — Madrid 1919.

Bajo el título de «Las Bellezas del Talmud» R. Cansinos Assens ha confeccionado una pequeña antología talmúdica, seleccionando y traduciendo partes de ese inmenso tesoro que, como lo dice él mismo en su prólogo «es una de esas obras colectivas del genio de una raza que en la literatura universal hacen de lejos el ruido de los grandes ríos». El Talmud y la Biblia son los monumentos gloriosos del genio hebraico. Pero en tanto que la Biblia es universalmente conocida, el Talmud permanece ignorado y hasta es ocultado por los judíos mismos «en lo más escondido de los *ghettos*, sobre el corazón tímido y obstinado de la raza». «La saña sectaria, — dice Cansinos Assens, convierte este libro de la más pura moral en un libro mágico e infame y le condena a no leerle». «Si la Biblia es una teogonia y está llena del espíritu terrible y severo, duro e implacable de las epopeyas divinas, el Talmud es un libro humano que no han inspirado los dioses sino el corazón humano iniciado por el dolor en todos los misterios de la simpatía».

Y, si en un aspecto el Talmud puede parecer un libro aún más severamente teocrático que la Biblia, en otro aspecto se nos aparece como un libro extravasado, de una tolerancia humanísima. El representa la liberación del espíritu israelita, el más vivo paso de su dinamismo, la victoria de la razón sobre la fe y de la academia sobre la sinagoga. En las escuelas de interpretación talmúdica el espíritu adquiere flexibilidad y ligereza, al par que el hábito de la duda, principio de la verdadera ciencia. Así el Talmud transubstancia, fuerza de espíritu, el antiguo material tosco de la ley religiosa y le convierte al fin en una ética y en un canto de altísima poesía, en esa ve-

luntad de saber y de amor, en esa religión despojada de dogmas, que es hoy la disposición espiritual de los israelitas cultos. El Talmud tiene además, el hechizo de los libros orientales, ese aire de leyenda, ese estilo parabólico en el que las palabras se elevan como surtidores de incienso. Por sus páginas vemos pasar, como por un círculo mágico, ángeles y demonios, espíritus y genios; — mujeres ataviadas para nupcias, en las cuales correrá el vino y arderán los perfumes;— doctores pobres y piadosos que conversan con sus discípulos a la sombra de las higueras; — ciegos que caminan lentamente bajo las arcadas de ciudades antiguas, — orientándose por el rumor de fuente de la muchedumbre hacia las grandes plazas »..... y toda la historia y la tristeza de los éxodos y decadencia del gran pueblo.

Hemos extractado, sacándolos de aquí y de allá, del magnífico prólogo de Cansinos Assens, estos párrafos que explican y comentan el libro del Talmud. La antología que le sigue no tiene otro defecto que el de ser muy corta. Ella no es sino, como lo dice su autor, una parte insignificante del inmenso tesoro talmúdico. La lectura es encantadora, y bella, sin duda, la obra que realiza con su publicación el señor Blanco Fombona, Director de la Editorial América.

A. B.

Un huerto de manzanas. — Estudios de ALBERTO NIN FRIAS. — Cooperativa Editorial. Buenos Aires 1919.

He aquí un libro al que resulta difícil dedicarle una breve nota bibliográfica. Es de tan noble contenido, sugiere tanto, que el crítico, puesto en el trance de concretar, no ve la manera de salir del paso. En el estudio que sirve de prólogo a « Un huerto de manzanas »(la vulgaridad va a enseñarse con el título), Armando Donoso, el admirado literato chileno, dice que Nin Frías « más que un pensador, más que un ideólogo y más que un artista, es un espíritu curioso e inquieto, un polígrafo con alma de humanista y alientos de esteta ». Imposible nos parece dar con una definición que supere a esta, tan breve y tan maciza. Los trabajos incluídos en « Un huerto de manzanas » pertenecen al género que cultiva con predilección el autor. Son ensayos.

Dicho está que la lectura resulta para todos provechosa. Es educadora e ilustra, por la vasta erudición del ensayista. Hay páginas donde la prosa es tan clara y limpia, que no parece del autor de « Estudios religiosos », poco apto para demostrar la forma; más atento siempre al contenido de los vasos que a los vasos, como [illegible] San Agustín a las palabras. El joven maestro dedica el nuevo libro a la

memoria del padre. « Los antiguos ofrendaban viandas en las tumbas de sus deudos « ha escrito. Siguiendo esa « encantada costumbre de la juventud del mundo « Nin Frías, pone sus frutos intelectuales, « manzanas muy frescas y en hermosa sazón » sobre los severos mármoles del mausoleo familiar.

V. A. S.

Por el camino. — Poesías de JULIO DIAZ USANDIVARAS. — 2.ª Edición. Buenos Aires 1919.

El poeta Julio Díaz Usandivaras, no conforme quizás con el error de su primera obra, reincide en ella, y nos la ofrece de nuevo en esta segunda edición, que a pesar de estar corregida y aumentada tiene todos los defectos de la primera.

Conocíamos algunas bellas cosas de Díaz Usandivaras publicadas a veces en « Caras y Caretas », — pero desvirtuadas ahora con todo un volumen de versos ingénuos, sin expresión y sin color, pobres casi todos, ripiosos muchos de ellos....

Defectos fundamentales que no pueden silenciarse imparcialmente, y sobre todo ante un poeta que tiene ya cinco o seis libros publicados, — y que desoye voces tan altas como las de Lugones,— para reeditar este primer volumen de juventud insegura y anticipada.

Hay más todavía: Usandivaras dice sobre sus propios versos, que los vuelve a publicar porque si uno va a esperar la perfección en el arte, nunca haría nada. El poeta confunde lamentablemente el hacer las cosas bien y el hacerlas perfectas. Hay distancia entre ellas. Sin escribir un libro perfecto, — que ese no le pudo pedir el maestro Lugones, — pudo haber hecho un libro bueno, y hasta un libro mejor que el bueno....

Entre tanto, quédele la seguridad de lo que le dice un hombre que tiene de Usandivaras la cordial simpatía de la juventud: « Por el camino » es un libro de versos que no debió reeditarse; a lo sumo, pudo el autor exhumar « La leyenda del crespín » o alguna otra cosa suelta, que florece entre la maleza del libro

T M

Junto a la lumbre — Poesías de G LUZURIAGA AGOTE — Edición de « Páginas », Buenos Aires 1919.

Este libro es una obra de juventud, — y lo peor de todo, — de juventud apresurada, sin rumbo cierto, sin voz firme, sin concepto claro.

No puedo hacer crítica seria injusto. Las obras de la juventud tienen que considerarse como tales, — y estimularse, [illegible] caminos de mejorar y de crecer.

Además, ya nos dice Guyau, que un libro escrito, por imperfecto que sea, es siempre una expresión de querer vivir,—y en tal sentido,—siempre respetable

Luzuriaga Agote tiene facilidad de palabra y hasta de versificación,—pero le falta en muchas páginas sentido poético, expresión exacta, pureza musical,—tanto casi como sobran ripios y vulgaridades. Debe pues, aprovechar la pasta propia puliendo mucho, cuidando y ajustando, haciendo, en una palabra, cosas más altas y mejores,—que para todo ello parece tener lance y alas.

Acaso podíamos decirle otras cosas y no éstas, así impías y así fuertes, pero.... hubiéramos mentido y engañado a un joven portalira lleno de entusiasmo que viene a nosotros con su buena canción, y que, por simpatía naciente, nos merece la atención de decirle toda la verdad

Su libro dista mucho de ser bueno,—tiene demasiadas cosas prosáicas,—y necesita primordialmente para triunfar, una completa rehabilitación del material poético

Quiera Dios que el poeta ni se desanime, ni nos tome a mal.

T. M.

Orientaciones periodísticas.—Ensayo de ALEJANDRO ANDRADE COELLO.—Quito 1919.

El distinguido escritor, para definir con toda exactitud lo que debe ser el periodista contemporáneo, estudia la figura, en todo momento atrayente, de Manuel J. Calle, a quien encontramos parecido a nuestro cáustico e intrépido Jorge Kubly. Como a Kubly, le faltó a Calle esta condición, esencial: a mirarlo todo desde un punto de vista, alto y noble. Andrade Coello, tan sagaz en sus comentarios al túmido y presuntuoso Vargas Vila, sienta cátedra ocupándose del popular periodista ecuatoriano. La tristeza de la amarga profesión surge bien en el opúsculo que comentamos.

V. A. S.